

Arrancaste mi deseo.

Mi carne viva, está expuesta;

es un espectáculo circense

“Aquí la mujer muerta,

por amor, desollada”.

Te enorgullece,

heraldo de la muerte,

el horror.

El aire me quema.

Mis ojos se llenaron de inmundicia

Esta tarde a las afueras del metro Tacubaya.

Mendigos, basura, olor a cochambre

Los rostros, compungidos y hastiados

Revelaban nada más que realidad

Es el barrio donde pasaste tu vida

Y lo recorro insistentemente

Atmósferas, historias y heridas

que te hacen ser quien eres hoy

A Chejova

Digas lo que digas, aunque bendigas

y juegues con palabras
y te acuestes noche a noche en tus letras;
a la oficina,

estudio,

tina,

auto...

corres discreta, sustancialmente.

El dolor tiene su encanto

(no puedo negarlo)

reconocer debes

que ni vino

ni elogios

ni ejercicio

te proveen compañía

que, incesante, buscas

a veces amistad

otras más, conquista

Octavio Paz cobra sentido

respecto a la soledad

pero no veo por qué tu obstinación

de cumplir el inexorable

delirio de la individualidad

Te has esclavizado

A lo que no permite sentir.
Sucumbes entre hojas y libros,
abanderas la objetividad.

Y mis besos
¿Dónde los archivarás?

En tu bosque un espacio desierto,
un árbol apenas reverdece;
el sol en los rincones prohibidos del sentir.

Un tímido rocío
sobre tu sensibilidad oculta.
Estuve ahí, cuando te reías;
recibí, de entre tus memorias, una lágrima.

El I ching me dijo que era tiempo
mas no me has nutrido, no puedo avanzar.
Si sigues con vida, envíame una carta;
hay algo aún por enunciar.